

Con Profunda Emoción Histórica, Saludo Fraternal al VIII CONGRESO NACIONAL DE LA UNIÓN PATRIÓTICA-UP

La UP representa no solo uno de los más importantes intentos de construcción de poder popular en la historia de Colombia, sino también la demostración más clara de que las élites tradicionales están dispuestas a todo para mantener sus privilegios. Fue un proyecto que evidenció que era posible disputar el poder desde las urnas y los territorios, combinando la lucha social con la participación institucional, y que precisamente por eso fue víctima de un genocidio político sistemático que buscó eliminar no solo a miles de militantes, sino la esperanza misma de transformación democrática en Colombia.

Hoy que por fin después de décadas de impunidad y lucha incansable por la justicia, la reciente sentencia de la Corte Interamericana de Derechos Humanos finalmente reconoció la responsabilidad del Estado colombiano en el genocidio político contra la UP, estableciendo no solo la verdad histórica sobre el exterminio sistemático, sino también sentando un precedente fundamental para la memoria y la justicia en América Latina. Esta sentencia confirma lo que siempre hemos denunciado: que fue el Estado, en alianza con sectores económicos y paramilitares, quien planeó y ejecutó el exterminio de un proyecto político legal y democrático por el simple hecho de desafiar el orden establecido.

Sin embargo, hoy no quiero recordar a nuestros mártires desde el dolor paralizante sino desde la certeza de que sus sueños siguen vivos en las luchas del presente. El proyecto político de la UP demostró que un movimiento transformador con verdadera vocación de poder es posible, que la unidad de las fuerzas populares puede desafiar efectivamente el régimen oligárquico, y que la combinación de organización social y participación política es el camino para las transformaciones que Colombia necesita.

La actual coyuntura y las normas nos plantean no solo la conveniencia sino la necesidad táctica de la unidad. El éxito electoral del Pacto Histórico en 2022, que nos permitió superar el 15% del umbral de votación, paradójicamente nos impide legalmente repetir la figura de coalición para las elecciones de 2026. Las alternativas son limitadas y riesgosas: la presentación de listas separadas por cada partido podría significar la pérdida de curules y personerías jurídicas; una reforma constitucional para modificar el umbral de coaliciones beneficiaría principalmente a los partidos tradicionales; y un proyecto transitorio específico tendría pocas posibilidades de aprobación en el Congreso.

Por ello, la fusión de nuestras organizaciones en un nuevo partido unificado no es solo la opción más estratégica, sino la única viable jurídicamente para mantener y expandir la representación popular en el Congreso y plantear una herramienta política poderosa con capacidad de disputar las territoriales en 2028.

Ahora bien, quiero decirles que la unidad que necesitamos no es solo una necesidad jurídica, sino que debe ser estratégica y programática, fundamentada en las enormes coincidencias ideológicas que compartimos, en una visión común de país y en el compromiso inquebrantable con las transformaciones estructurales.

No podemos repetir la historia de unidades tácticas que se deshacen ante la primera dificultad o que se limitan a ser coaliciones electorales sin proyecto histórico común.

La UP, junto con el resto de fuerzas que conformamos el Pacto Histórico, compartimos una tradición de lucha por la democracia real, la justicia social, la paz con cambios estructurales y la defensa de la soberanía nacional. Nuestras organizaciones han sido protagonistas de las principales luchas populares, desde los movimientos agrarios hasta las movilizaciones urbanas, desde las luchas sindicales hasta el estallido social del 2021. Nuestras diferencias son menores frente a las coincidencias programáticas y la necesidad histórica de construir un proyecto colectivo transformador.

Hoy, con el primer gobierno popular en la historia de Colombia, enfrentamos el desato de consolidar y profundizar el proceso de cambio. Esto solo será posible si logramos construir una herramienta política unitaria que supere la fragmentación y disperse caudillismos.

El momento nos exige superar personalismos y egos partidistas. Los proyectos individuales deben ceder paso a la construcción colectiva. No podemos permitir que las vanidades o los cálculos pequeños frustren la posibilidad de consolidar una fuerza política unitaria con verdadera capacidad de disputar y mantener el poder para ponerlo al servicio de las mayorías populares.

Las experiencias internacionales nos demuestran que los procesos de transformación social solo son posibles y sostenibles cuando existe una fuerza política organizada, con arraigo territorial y claridad estratégica. El Frente Amplio en Uruguay, el MAS en Bolivia, o el PT en Brasil son ejemplos de cómo la unidad de las fuerzas populares puede traducirse en gobiernos transformadores. Pero también nos enseñan que esa unidad debe construirse desde abajo, con participación real de las bases y movimientos sociales.

La memoria de quienes dieron su vida por este proyecto nos obliga a estar a la altura. El ejemplo de Jaime Pardo Leal, Bernardo Jaramillo, José Antequera, Manuel Cepeda y miles de militantes nos enseña que las transformaciones profundas requieren generosidad, visión estratégica y capacidad de construir con otros. El mejor homenaje a esa memoria será lograr la unidad del campo popular en un proyecto político que haga realidad los sueños por los que ellos y ellas lucharon.

Este Congreso de la UP tiene la responsabilidad histórica de dar un paso adelante en ese proceso unitario.

No partimos de cero: tenemos un acumulado de luchas, una coincidencia programática fundamental y la experiencia dolorosa pero aleccionadora de lo que significa enfrentar al régimen de la injusticia. El desato es convertir esa confluencia en una herramienta política efectiva para la transformación de Colombia.